

# La modernidad

por Michael W. Kelley

*No Place for Truth: Or Whatever Happened to Evangelical Theology?* y *God in the Wasteland: The Reality of Truth in a World of Fading Dreams*, por David Wells (William B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids, 1993, 1994).

*Contra Mundum*, No. 15

*¡O tempora! O mores!* dice el viejo adagio ciceroniano. "¡Qué tiempos tan terribles vivimos!"—seguramente servirá como traducción aproximada al castellano. Se dice que Cicerón pronunció estas palabras cuando se presentó ante el Senado romano para lanzar su ataque contra Catalina, a quien acusaba de conspirar para derrocar la República y hacerse con el poder. El hecho de que Catalina estuviera a punto de triunfar sugiere, sin duda, no sólo su capacidad para suscitar el descontento, sino, sobre todo, que, al menos para Cicerón, revelaba que la época en la que vivía mostraba una tendencia creciente entre muchos a cuestionar, si no a romper del todo, el orden moral y social que era Roma. ¿Y qué bien mayor había que Roma? Roma, regalo de los dioses, era insuperable como encarnación de una civilización justa, portadora de la verdad, la justicia, la paz y la prosperidad, ciertamente para los pueblos que la habían abrazado. Derribar sus instituciones o subvertir sus convenciones ancestrales no era sustituirla por algo mejor. Al contrario, sólo podía significar una vuelta a la anarquía y al salvajismo. Cicerón, por lo tanto, vio en Catalina un recordatorio de lo vigilante que debía ser uno si quería preservar el buen orden que se había logrado a un coste no pequeño por los esfuerzos heroicos de las generaciones anteriores. Por ello, se resistía a pensar que los tiempos en que vivía pudieran mostrar tal desprecio por lo que había costado siglos conseguir. ¿Era realmente su época testigo de una decadencia tan marcada? ¡Qué terrible es contemplarlo! ¡Qué esencial es dar la voz de alarma!

La historia registra repetidamente que casi todas las civilizaciones han sufrido en un momento u otro, en el curso de su avance, algún tipo de trastorno moral o social. Cuando, como resultado, una crisis se avecina, la gente a menudo concluye que la supervivencia de la humanidad está al borde del desastre total. Nuestra propia civilización no es una excepción. En el siglo XIV, por ejemplo, se produjo la peste negra, una plaga que diezmó entre un tercio y la mitad de la población europea. Muchos proclamaron entonces el fin del mundo. La Reforma del siglo XVI produjo cambios tan dramáticos en las lealtades de los hombres como para engendrar en el siglo siguiente algunas de las guerras más feroces que ha conocido la historia. Y una vez más, algo parecido al pánico se instaló. Acercándonos a nuestra época, los años de la conquista napoleónica de principios del siglo XIX provocaron una inestabilidad fundamental en la política de los estados europeos, que sacudió los centros dinásticos de poder y amenazó con derribar todas las formas anteriores de autoridad jurídica y política. A mediados de siglo, el socialismo marxiano y el darwinismo habían redefinido conjuntamente la naturaleza de las relaciones de los hombres entre sí, así como su concepto del reino natural, de tal manera y hasta tal punto que casi derriban todas las ideas de sociedad y de verdad previamente aceptadas. Hoy seguimos viviendo de los frutos de esta doble revolución. Podríamos añadir, por supuesto, los efectos de la industrialización con los desplazamientos que trajo consigo. Tampoco hay que olvidar el auge de las ideologías totalitarias estatistas del siglo XX, responsables de la destrucción de millones de vidas y de gran parte del legado de siglos de cultura. Por lo tanto, se pueden señalar muchos ejemplos de convulsiones masivas y de gran alcance en los ámbitos del pensamiento y del comportamiento. En casi todos esos casos, los sentimientos se han

visto embargados por una grave sensación de fatalidad inminente, de que los tiempos están cambiando, y no para mejor.

Y, sin embargo, si en tiempos pasados los hombres se inclinaban a tomar nota de las circunstancias y los acontecimientos que amenazaban la paz y el bienestar de la vida en las sociedades humanas, nada, al parecer, podía aplastar completamente su optimismo sobre el futuro, o su creencia de que los problemas humanos, por trascendentales que fueran, eran capaces de solución o enmienda. Sin duda, gran parte de esta forma de pensar derivaba del humanismo con su fe suprema en el hombre, su bondad nativa, su inteligencia inherente o su capacidad de adaptación inventiva. Indudablemente, entre las perspectivas dominantes de nuestro tiempo ha estado la visión de la Ilustración sobre el hombre que, con el instrumento de la ciencia y el conocimiento, es totalmente capaz de ordenar su mundo por el poder de su razón y de poner todo en orden en la desarmonía entre los hombres y las naciones. Tal fe ha producido la noción de que con el aumento del conocimiento por los métodos de la investigación científica el hombre descubriría los medios que conducirían a una mejora y perfección continuas de la condición humana en la tierra. El conocimiento significaba el poder de controlar las fuerzas de la naturaleza, tanto si se refería a la naturaleza externa como a la naturaleza del propio hombre. Nada, aparentemente, podía impedir a la humanidad superar todas las dificultades y problemas para crear el mejor de los mundos posibles. Nada, es decir, excepto la ignorancia, que era la fuente de todos los vicios, crímenes y ambiciones perversas del pueblo. Sin embargo, con las élites al mando, la sociedad se salvará y el futuro estará garantizado.

Sin embargo, el humanismo no era la única fe optimista. También el cristianismo albergaba esperanzas para el mañana. El mundo no estaba al borde del colapso, sino que la providencia de Dios ordenaba los tiempos y las estaciones, y la fe podía trabajar por un día más brillante, porque un poder mayor que el hombre estaba en el trono y su promesa de obediencia aseguraría que el hombre no trabajara en vano. La historia podría seguir registrando tiempos de dificultades y problemas, pero Dios estaba redimiendo al mundo en gracia y su pueblo podía esperar con confianza su victoria, que concedería por medio de la perseverancia y la paciencia piadosas. Aquí también había un optimismo que miraba más allá del momento calamitoso hacia el día de la salvación, dando a muchos una esperanza que trasciende las penas del presente y una firme creencia de que el futuro pertenece a aquellos que viven en términos de la Palabra de la promesa y practican sus justas prescripciones. Es realmente esta levadura cristiana la que ha apuntalado nuestra civilización, sobre todo cuando la confianza en el poder del hombre mostraba signos de tensión y desesperación. El hombre podía perder la esperanza en la razón, pero los caminos de Dios, aunque a menudo estaban más allá del poder de los hombres para entender, no estaban abiertos a la duda o a la contravención. Cuando todo lo demás fallaba, la Palabra de Dios daba a los corazones una confianza renovada para seguir adelante y continuar trabajando por el bien de las generaciones futuras, sabiendo en última instancia que, a menos que Dios construya los muros, en vano trabajan quienes los construyen.

La esperanza, la confianza, el optimismo, pues, fueron los sentimientos predominantes tanto en el pensamiento humanista como en el cristiano durante gran parte de la época moderna. Además, y lo que daba fuerza a esta perspectiva tranquilizadora, ambos se basaban en una idea del derecho como principio ordenador de la vida. Para los humanistas era la ley natural que expresa una norma universal inviolable junto con un poder retributivo si es despreciada o negada por hombres o sociedades que buscan el camino de la tiranía. Para los cristianos era principalmente la ley de Dios, un Dios que controlaba soberanamente las ordenanzas de su creación, y que los cristianos creían que gobernaba en los asuntos de los hombres y las naciones. Él, también, era un poder retributivo que hacía caer sus juicios en la historia sobre todos los pecadores que hacían alarde de su orden moral. Al mismo tiempo, era un protector de los justos que le temían y obedecían. Sin ahondar en el hecho de que los humanistas de la Ilustración, en su mayoría, tomaron prestada en gran medida esta

herencia cristiana para apuntalar su teoría de la ley natural, podemos simplemente afirmar en este punto que, en ambos casos, era normal que los hombres creyeran que, a pesar de los trastornos morales y sociales que ocurren de vez en cuando, el mundo no iba a colapsar en un caos total; que, a pesar de las convulsiones periódicas en la vida de las naciones, existía una ley y un legislador divinos para evitar que la vida humana se volviera totalmente anormal y sin sentido. Las cosas podían desviarse, pero un poder ordenador superior al hombre las volvería a encauzar pronto. El hombre no pensaba que el orden final del mundo estuviera en su contra, sino a su favor, bajo ciertas condiciones. En consecuencia, estaba orientado hacia el futuro y poseía la firme convicción de que su trabajo podía ser productivo y su prosperidad aumentar en beneficio de las generaciones futuras. En lugar de regodearse en la autocompasión, tomaba las circunstancias de la vida, tanto las malas como las buenas, con moderación, buscando siempre mejorar en lo posible, pero aceptando con ecuanimidad lo que no podía cambiar.

¡Qué notable es el cambio que se ha producido en las últimas décadas! Para muchos, especialmente para las élites académicas, el optimismo ha sido sustituido por un pesimismo muy arraigado. Pero lo más sorprendente es que no se trata de una crisis concreta e inmediata, como la amenaza de la guerra, el hambre o la enfermedad, sino de una desesperación más general. El culpable no es tanto una amenaza concreta y palpable, sino que se cree que reside en la naturaleza general de la propia civilización moderna. Escritores y pensadores de diversa índole nos dicen que la *modernidad* como tal es una carga aplastante, un gran monstruo que está a punto de destruir, no este o aquel aspecto de la civilización o la cultura, sino la totalidad de la vida en todos sus aspectos y tendencias. Es más, no amenaza tanto los aspectos externos de la vida como ataca la esencia *espiritual* de la humanidad, un asesino del alma y de todos los ideales superiores que llenan al hombre de propósito y sentido. La modernidad es una enfermedad psicológica que, en lugar de elevar al hombre por encima del nivel de las meras satisfacciones animales, envilece todos sus intereses y objetivos con meras gratificaciones materiales y sensuales. Se dice que el hombre moderno tiene un propósito y un solo propósito, que es satisfacer sus necesidades corporales, y que todas las búsquedas *espirituales* más elevadas, en las que residen las metas de la verdad y la virtud, han sido ignoradas o consideradas sin valor. Por el contrario, el único objetivo que se considera valioso es la acumulación cada vez mayor de cosas materiales. En este sentido, al hombre moderno sólo le interesa el progreso tecnológico y el beneficio que le proporciona. Pero, intelectual y moralmente, se ha convertido en una completa bancarrota. En lugar de sentir que está en casa en el mundo, el hombre está perdido y sin raíces, víctima de una enfermedad psicológica mortífera que las élites describen como de alienación, confusión y ansiedad.

Sin embargo, un momento de reflexión sobre este fenómeno de la *Modernidad* y el profundo pesimismo que inspira debería permitirnos ver que, si bien parece ser bastante reciente por lo extendida y ruidosa que es, en realidad ha tenido un control considerable sobre el pulso de la cultura occidental desde el siglo XVIII. A pesar del auge de la Ilustración con su fe en la ciencia y la razón, ha habido una contracultura igualmente poderosa en lo que se ha llamado Romanticismo. Lejos de ser un movimiento marginal entre literatos y escritores y pensadores diversos, el Romanticismo ha sido una fuerza cultural de proporciones abrumadoras. De hecho, el Romanticismo ha contribuido a configurar la agenda cultural de nuestro mundo moderno tanto o más que el cientificismo de la Ilustración. Como señala Richard Tarnas en su elocuente libro *La pasión de la mente occidental*, "como ambos temperamentos expresaban profunda y simultáneamente las actitudes occidentales y, sin embargo, eran en gran medida incompatibles, se produjo una compleja bifurcación de la perspectiva occidental".<sup>1</sup> Por un lado, como señala, "la mente científica secular" estableció la cosmología "exterior" básica de la *Weltanschauung* moderna, definiendo el reino de la naturaleza externa de acuerdo con un estricto determinismo mecanicista. Para ella, el mundo de la naturaleza,

---

1 Richard Tarnas, *The Passion of the Western Mind*, p. 375.

incluida la naturaleza humana, "era un objeto de observación y de experimentación, de explicación teórica y de manipulación tecnológica".<sup>2</sup> En cambio, el Romanticismo, que inspiró la cultura "interior" de Occidente, consideraba la naturaleza como "un recipiente vivo del espíritu, una fuente translúcida de misterio y de revelación."<sup>3</sup> "Si la Ilustración veía todo el conocimiento y la verdad como una cuestión de cálculo matemático y comprobabilidad empírica, el Romanticismo "buscaba una verdad interiormente transfiguradora y sublime."<sup>4</sup> Si la Ilustración pretendía definir al hombre y su mundo en términos estrictamente materiales, el Romanticismo—en su arte y literatura, en su visión religiosa y metafísica—pretendía definir al hombre y su mundo en términos morales y espirituales. La razón y la percepción no eran primordiales, sino que la emoción y la imaginación alcanzaban un estatus exaltado y noble. El objetivo de la vida no debía ser *conocer*, sino *experimentar*.

De profunda importancia es el reconocimiento de que el Romanticismo y la Ilustración, lejos de ser meros desarrollos paralelos pero desconectados en la conciencia occidental moderna, han surgido en realidad como caras de un mismo fenómeno. El Romanticismo, sin embargo, representa un movimiento en directa antítesis con la fe de la Ilustración en la superioridad del hombre racional. De nuevo, Tarnas escribe: "En la visión científica de la Ilustración, la civilización moderna y sus valores se situaban inequívocamente por encima de todos los predecesores, mientras que el Romanticismo mantenía una profunda ambivalencia hacia la modernidad en sus múltiples expresiones".<sup>5</sup> De hecho, "los románticos", continúa observando, "cuestionaron radicalmente la creencia de Occidente en su propio 'progreso', en la superioridad innata de su civilización, en la realización inevitable del hombre racional". (Ibid.) El Romanticismo, pues, lejos de representar un mero espectáculo secundario en el drama de Occidente desde la Ilustración, constituye una importante negación y protesta contra todo lo que la Ilustración representaba; de hecho, todo lo que la cultura y la civilización occidentales representaban. Al penetrar en todos los ámbitos del pensamiento y de la experiencia, en lo que respecta al hombre, el Romanticismo actuó como disolvente de los ideales científicos del hombre racional y logró socavar toda la fe del hombre humanista en su cultura como encarnación de la razón. Lo ha hecho en gran medida proclamando que el mundo cuantitativo y científico de la Ilustración ha reducido la calidad y la coherencia del mundo humano a un dato impersonal y mecanicista, carente de espontaneidad y libertad. "Bajo la dirección y el impulso de Occidente, el hombre moderno ha irrumpido hacia adelante y hacia el exterior, con una tremenda fuerza centrífuga, complejidad, variedad y velocidad. Y, sin embargo, parece que se ha conducido a sí mismo a una pesadilla terrestre y a un páramo espiritual, a una constricción feroz, a un predicamento aparentemente irresoluble."<sup>6</sup> Aunque el hombre ha ganado en términos de su bienestar corporal y material, ha sido a costa de perder su alma. Y para el Romanticismo, el precio ha sido demasiado alto. Los románticos, pues, se esforzaron por transformar el optimismo de la Ilustración en el pesimismo de los desencantados y los desarraigados.

Esta actitud de pesimismo agudo y generalizado se ha convertido en el supuesto no declarado en todos los ámbitos de investigación en lo que respecta al hombre y la sociedad. El surgimiento de las disciplinas de la Historia, la Sociología y la Psicología, por mencionar sólo algunas, ha estado profundamente influenciado por los presupuestos románticos. Lo mismo puede decirse de la literatura y las artes en general. El análisis intelectual moderno ha adoptado ampliamente el programa romántico de buscar el sentido de la vida en términos de un conflicto continuo entre el

---

2 Tarnas, pp. 376, 375.

3 Ibid.

4 Tarnas, p. 367.

5 Tarnas, p. 372.

6 Tarnas, p. 388.

reino "interior" (bueno) y el reino "exterior" (malo). Se afirma que el hombre está atrapado en un mundo dualista en el que su experiencia subjetiva está inevitablemente en contradicción con un mundo objetivo que se opone a él y lo reduce a un mero autómatas. Esto es ciertamente cierto en la forma en que el hombre secular evalúa especialmente los problemas del hombre en la sociedad moderna. Sin embargo, es igualmente preocupante que también se haya convertido en el supuesto dado en la forma en que los teólogos cristianos contemporáneos se dedican al análisis teológico de la vida moderna, en particular de la vida de la iglesia. Quizá ninguno sea más representativo de esta tendencia que David F. Wells, del Seminario Gordon-Conwell.

Wells ha publicado recientemente dos libros que se han convertido en importantes declaraciones de la forma en que las élites evangélicas modernas ven el estado actual de las cosas, tanto en la sociedad como en la iglesia.<sup>7</sup> En ellos, la cultura de protesta del romanticismo está muy presente. Dado que las opiniones que expresa han sido bien recibidas, en lo que queda de este ensayo nos centraremos en lo que ha escrito.

Wells pretende estar preocupado por el estado de la Iglesia moderna, en particular la evangélica. Se pregunta a qué se debe el surgimiento del fenómeno contemporáneo conocido como la mega-iglesia. Y, lo que es más importante, ¿por qué las tendencias de estas Iglesias, así como de las Iglesias en general, han mostrado una clara disminución del interés por la Verdad teológica o doctrinal y, al mismo tiempo, la han sustituido por una preocupación total por el experiencialismo y el entretenimiento? En otros términos, ¿por qué la Iglesia moderna ha sustituido la comprensión del contenido de la fe por la psicología y la religión del bienestar? Son preguntas importantes. Cualquiera que tenga algún interés en el estado actual de la Iglesia debería estar preocupado por su actual deslizamiento hacia el subjetivismo con la orientación centrada en los sentimientos que parece dominarla. Sin embargo, es el romanticismo sociológico de Wells, que pretende ofrecer la explicación de este estado de cosas que afecta a la Iglesia moderna, lo que no debería preocupar menos, ya que dista mucho de un punto de vista bíblico; y ¿cómo, podemos preguntar, puede un teólogo *cristiano* evaluar la vida de la Iglesia con un razonamiento que no sea bíblico? Sin duda, Wells cree que está haciendo precisamente eso, pero, de hecho, su pensamiento está completamente moldeado por la cultura de protesta del romanticismo que predispone la forma en que permite que se enmarquen y discutan los problemas y las explicaciones. Como mínimo, deberíamos ser conscientes de que este tipo de análisis, a fin de cuentas, sólo sirve para tranquilizar a los elitistas académicos como Wells de que sus ideas gnósticas tienen un valor superior al de aquellas almas vacías que, en sus asuntos cotidianos, deben ocuparse de muchas cosas que él y otras mentes similares encuentran repugnantes y degradantes.

La base de la ideología romántica es la filosofía de que el cielo se está cayendo sobre nosotros. Los que beben este elixir de negatividad no han dudado en pronunciar, con una segura condescendencia, su disgusto por la cultura y la civilización industrial y tecnológica modernas. Para ellos, el presente debe compararse con un pasado dorado e idílico que representa una especie de paraíso perdido en el que la vida humana se vivía con más serenidad y sin las complicaciones y tensiones de nuestro tiempo. Los románticos añoran, pues, los días de antaño en los que, según imaginan, la vida era más dulce y mucho mejor que la miseria que sienten en el presente. No es de extrañar, pues, que el capítulo inicial del primer libro de Wells, *Sin lugar para la verdad*, se titule: "Un delicioso paraíso perdido". El mundo ha cambiado y con ello hemos sido expulsados del paraíso. Este tema de un estado paradisíaco pasado que supuestamente hemos dejado para avanzar en la cultura y la civilización y que ha resultado ser nada más que un páramo es central para el marco mental

---

<sup>7</sup> Estos dos libros son *No Place for Truth: Or Whatever Happened to Evangelical Theology?* y *God in the Wasteland: The Reality of Truth in a World of Fading Dreams*, ambos publicados por William B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids (1993, 1994).

romántico. Si Wells tipifica la forma de pensar de los críticos culturales evangélicos, entonces el romanticismo, y no las Escrituras, determina su visión de la vida.

Esta idea del pasado bueno frente al presente malo fue probablemente articulada por primera vez por J.-J. Rousseau en un ensayo temprano que ha llegado a llamarse *El primer discurso sobre la desigualdad*. En él, afirmaba con afectación doliente que "no se puede reflexionar sobre la moral sin deleitarse con el recuerdo de la simplicidad de los primeros tiempos. Es una hermosa orilla, adornada sólo por las manos de la naturaleza, hacia la que uno vuelve incesantemente los ojos y de la que uno siente con pesar que se aleja."<sup>8</sup> Nótese que "la simplicidad de los primeros tiempos" corresponde a una condición "adornada sólo por las manos de la naturaleza". En otras palabras, se piensa que la pasión por explorar el mundo, por lograr la cultura mediante la aplicación de las energías del hombre y por transformar la naturaleza de un estado crudo e indómito a uno útil y beneficioso no es más que la fuente de la miseria y la ruina. Sólo el estado de la naturaleza, no tocado por la mano del hombre, es puro y sin causa de dolor. En efecto, Rousseau no duda en afirmar que "nuestras almas se han corrompido en proporción al avance de nuestras ciencias y artes hacia la perfección".<sup>9</sup>

El supuesto no declarado en Rousseau, como en todos los románticos, es la noción de que el hombre no está caído en el pecado, ni su mundo ha sido sometido a una maldición que obliga al hombre a ganarse el pan con el sudor de su frente. Es, más bien, la creencia de que el hombre era inocente y virtuoso hasta que fue despojado por la cultura y la civilización; o bien, que el mundo era un paraíso natural y no constituía en absoluto una amenaza para la vida humana hasta que el hombre trató de conseguir algo que consideraba mejor. Los hombres eran inicialmente buenos, pero sólo se volvieron malos cuando adquirieron la aspiración de acumular posesiones, la ambición fundamental de la civilización. Al hacerlo, se volvieron insaciables en sus deseos y pronto buscaron saquearse unos a otros para satisfacerlos. Con el tiempo, surgió una especie de civilización, pero siempre basada en el deseo de obtener más y más, buscando constantemente alcanzar algún estado imaginario de perfección. Todo esto sólo ha servido para corromper el alma del hombre. Si pudiéramos recuperar el espíritu original del hombre antes de que se consumiera por el ansia de satisfacer sus sentidos con todos los placeres imaginables, que es la única promesa de una cultura basada en la industria y el comercio, seguramente encontraríamos la solución al predicamento moderno. Y lo mismo ocurre con el concepto de hombre y sociedad del Romanticismo. Recuperar el pasado, escapar del presente; o, excluyendo esa posibilidad, hacer lo posible por evitar "tocar cancha", es decir, contaminarse por el contacto con la *Modernidad*.

Pero mientras que los románticos podrían esperar retroceder en el tiempo o anular el estado actual de las cosas para encontrar alivio a su miseria, toda su perspectiva se basa en la suposición de que el estado actual de las cosas es una carga tan aplastante que no se puede encontrar esperanza en ninguna dirección. Al fin y al cabo, la Modernidad no es algo que sólo inquiete a las élites románticas, a quienes poseen una gnosis superior respecto a nuestro tiempo cultural, sino que, como pontifican, nos abrumba y oprime a todos, lo sepamos o no. Si los románticos no dudan en declarar que ellos mismos han sentido el peso de estos tiempos sombríos, también pretenden saber lo que significa para todos los demás. Y es que los románticos apenas se molestan en hablar de personas y situaciones reales: lo suyo es más bien el pronunciamiento desde lo alto sobre las condiciones de grandes agregados de tiempo y personas. Estas condiciones son tan poderosas, tan omnipresentes y determinantes que es totalmente imposible escapar de ellas. Aquellos que son controlados por su siniestra influencia no reconocen su opresión o incluso que están siendo manipulados por fuerzas y

---

8 Jean-Jacques Rousseau, *The First and Second Discourses*, ed. Roger D. Masters, (New York: St. Martin's Press, 1964), pp. 53, 54.

9 p. 39.

factores que escapan a su control. El hombre, afirman los profetas románticos, ya no es dueño de su propio mundo. Por el contrario, no es más que un instrumento condicionado en manos de fuerzas impersonales que se mueven implacablemente por todo el tiempo y el espacio. Esta situación es tan abrumadora para el hombre moderno que lo único que se puede hacer es lamentar nuestra pérdida de inocencia y llorar por aquellos que no pueden saber, porque son demasiado estúpidos para ver o no están dispuestos a admitir, que están siendo comidos vivos por el monstruo de la modernidad.

Wells, al adoptar este mundo de pensamiento romántico, ha aceptado todos los *clichés* de su perspectiva intelectual y moral. (He utilizado esta palabra *cliché* intencionadamente, ya que Wells afirma que nuestra cultura occidental ha producido lo que él llama "cultura global del cliché". Al parecer, no se da cuenta del alcance de las explicaciones de los propios clichés del Romanticismo). Por ejemplo, no duda en pronunciarse ampliamente sobre lo que supone que representa la gran "división histórica", es decir, la transformación de la cultura occidental en lo que él llama Nuestro Tiempo. El siglo en el que hay que situarlo es el XIX; las causas que lo provocaron no fueron tanto ideológicas como de naturaleza socioeconómica. Constituyó un cambio que no fue tanto planificado sino como el resultado de factores que surgieron desde dentro de la cultura occidental como resultado de sus propias tendencias internas. Es decir, estos cambios se produjeron por presiones impersonales propias de la cultura occidental. Aparentemente, al mirar hacia atrás, poco pudo hacer nadie para impedir o desviar a Occidente del curso que la Historia determinó para él. El problema es que nadie quería hacerlo. De hecho, dadas las suposiciones de la Ilustración sobre el curso continuo del progreso de la cultura occidental hacia las instituciones democráticas y el comportamiento económico orientado al mercado, la dirección que estaba tomando Occidente era del todo deseable. Nadie previó las ilusiones del futuro, un futuro que ahora se ha convertido en el presente y que, en lugar de convertirse en la utopía soñada, ha resultado ser una pesadilla de las más espantosas proporciones. Sólo ahora estamos despertando a la verdad de nuestra funesta situación, como un borracho a la mañana siguiente de una borrachera, para descubrir que hemos sido traicionados (a los románticos les encanta sentirse víctimas). Lo que parecía bueno en su momento ha resultado ser un engaño. Porque, lo que podríamos haber beneficiado de la Modernidad lo hemos perdido en el camino de la Humanidad, y precisamente por eso.

Este tipo de explicaciones, y otras más, se suceden página tras página, en una de las prosas más ornamentadas y, a veces, exageradas de los dos libros de Wells. Parece que no puede encontrar un rasgo redentor del mundo moderno. Una y otra vez emplea el lenguaje melancólico del adivino romántico, que piensa que no basta con expresar sus propias quejas, sino que debe quejarse también en nombre de todos los demás. El uso de frases como "estamos cada vez más forzados", "estamos obligados", pretenden hacer ver que la modernidad nos tiene a todos cogidos por el cuello y no hay nada que podamos hacer al respecto. Además, habla de que las "estructuras de la sociedad" forman lo que él llama "sistemas entrelazados" que "nos rodean y envuelven", "entrando en nuestra conciencia". O bien, la modernidad ha "disuelto los vínculos" entre las personas dejándonos como individuos aislados "centros de soledad". Como resultado, nos vemos arrastrados a esa categoría fácilmente manipulable llamada "sociedad de masas" en la que, a pesar de la multitud, todos estamos reducidos a una igualdad flácida y vacía, capaz de ser moldeada psicológicamente por la imagen y las apariencias de una sociedad de consumo material que se ahoga. En resumen, todos "nos hemos convertido en vagabundos espirituales en el páramo moderno, vagabundos sin hogar al que regresar".

En un tiempo tuvimos un hogar: el llamado "orden trascendente". Este es el método de Wells para introducir a Dios y al cristianismo en el panorama. A pesar de la preferencia de Wells por el pasado, es poco proclive a utilizar el lenguaje que distinguía su discurso "religioso". Palabras como "justicia", "obediencia", "pecado", "impiedad", etc., no desempeñan un papel importante en su

pronóstico de los problemas. En cambio, prefiere la jerga modernista como "centro trascendental" de los valores (para la rectitud), "mundanidad" y "falta de raíces" (para la desobediencia o la impiedad), y "acumulación autocomplaciente de beneficios", o "búsqueda desordenada del interés propio" (para el pecado). Además, todas estas cosas han sido provocadas por las "fuerzas centrífugas" resultantes de la modernización, "la fuerza fundamental de la creación de Nuestro Tiempo". Esto, aparentemente, representa el "pecado original" en el que todos nacemos y, habiendo heredado su maldición, nos convertimos en muertos en el "consumismo", la "tecnología" y la "industria" que, asegura Wells, no ha hecho más que expoliar la tierra.

Wells es un firme creyente en todos los *nostrums* del izquierdismo de la cultura de élite tan típico de la academia moderna. Los "pensadores profundos" entre los intelectuales contemporáneos siempre han despreciado los llamados intereses "materiales" del hombre. En otras palabras, desprecian la economía, particularmente la variedad orientada al mercado. Para ellos, el capitalismo es la gran pérdida de nuestro tiempo. Consideran que el comportamiento económico capitalista es igual a un estado de estupefacción inducido por las drogas en el que los hombres son narcóticamente adictos con el singular anhelo de satisfacer todos los impulsos sensuales concebibles y nada más. El capitalismo, además, alimenta el proceso de innovación tecnológica que, a su vez, impulsa los procesos de urbanización con su énfasis en la industria y el comercio, y su ritmo de vida abarrotado y febril. El resultado: todos hemos sido absorbidos por una vorágine de acuerdos sociales burocráticos que, al final, nos han hecho sentirnos perdidos y solos. Hemos cambiado las relaciones "personales" por las "impersonales", creando así un vasto páramo *espiritual* del alma. En nombre de la productividad y la eficacia nos hemos convertido en víctimas de un mundo de uniformidad estandarizada sin centro moral ni profundidad intelectual (es decir, sin concepto de la Verdad). La vida ha sido despojada de todo significado y propósito objetivos, y entregada al conformismo y a la mera satisfacción subjetiva. En resumen, la cultura capitalista ha producido un hedonismo psicológico generalizado cuyo resultado nos ha dejado miopes y vacíos.

Al dejar atrás el mundo *real* por las *visiones* del mundo, uno se libera de la necesidad de reflexionar sobre el orden mundano de las cosas. Por ejemplo, uno no tiene que estudiar el comportamiento económico capitalista y conocer así su funcionamiento real y si se ajusta o no a una realidad objetiva en los asuntos humanos. Basta con condenarlo desde el punto de vista de una moral superior. Tampoco es necesario compararlo con el socialismo para ver si, a pesar de sus imperfecciones, permite que la sociedad funcione de manera más coherente o que el hombre se eleve por encima de la pobreza indigente que es su condición natural. Uno puede simplemente pronunciarse sobre él como si fuera una especie de enfermedad en el cuerpo social que ningún observador inteligente podría considerar de otra manera. La izquierda humanista siempre ha considerado el capitalismo como la causa fundamental del desorden social y psicológico. Pero el hecho de que pensadores *cristianos*, como Wells, adopten la misma actitud sin ningún intento de comprenderlo sólo confirma lo profundamente que las élites académicas cristianas se han visto influidas por el pensamiento humanista. Su condena del capitalismo no se hace en nombre de algún sistema alternativo. Más bien, se hace sólo en nombre del primitivismo romántico. Y su afirmación de que la burocracia es su hijo natural es una prueba más de que no entiende el carácter del estatismo socialista moderno. Pues la fuerte burocratización que deplora no es producto del capitalismo, sino que se debe al crecimiento del Estado moderno con su ambición de controlar la vida del hombre en todos sus detalles. No son las "pirámides tecnológicas" las que amenazan la vida y crean los "centros impersonales" de la cultura moderna; es la extensión del poder y el propósito gubernamental a todos los ámbitos del quehacer humano la culpable. Pero la teología de Wells nunca le ha permitido entender la sociedad sobre una base bíblica, así que en su lugar emplea la ideología de la sociología romántica para tales fines.

El verdadero propósito de Wells, como dijimos, en toda esta moralización tendenciosa de Nuestro Tiempo es aportar una crítica a la iglesia evangélica moderna. Aquí Wells tiene algo que decir que es mucho más útil y digno de consideración que mucho de lo que ha dicho hasta ahora. Básicamente, quiere decir que la iglesia ya no tiene la teología o la verdad como la sustancia de su mensaje, sino que ha sustituido en su lugar una psicología centrada en el hombre y el experiencialismo. En lugar de transmitir la verdad objetiva de Dios y su santidad a las masas de la humanidad, la iglesia ha complacido los ideales modernos de felicidad, autoestima y bienestar personal. En lugar de enfatizar una ética del bien contra el mal, ha tratado de apelar únicamente a la búsqueda de la plenitud psíquica. Y en lugar de dirigirse al intelecto, sólo busca calmar las emociones. El evangelio que la iglesia proclama es uno en el que Cristo y su verdad se hacen para apelar al interés del consumidor, un mensaje que concede prioridad a las necesidades soberanas de la gente sobre las demandas soberanas de Dios. En lugar de un mensaje sobre el pecado y la justicia, la iglesia evangélica moderna ha ofrecido a un mundo roto y sufriente una técnica terapéutica. Y su negocio se ha convertido, no en la verdad, sino en el beneficio y el éxito.

Wells no obtendrá ningún argumento de nuestra parte en este sentido. Su descripción es totalmente exacta. Pero, ¿por qué toda esta divagación sobre la *modernidad*? Wells piensa que la iglesia se ha convertido en un ejemplo más de nuestro tiempo, lo que en efecto, en su mayor parte, ha sucedido. Pero no es porque la iglesia evangélica haya perdido o abandonado la verdad teológica, como afirma Wells, sino porque hace tiempo aceptó una teología *falsa*. Es más, ¿se trataba de una teología fuertemente impregnada de supuestos humanistas procedentes del mundo del pensamiento del romanticismo! El énfasis en la *experiencia* no fue algo que simplemente surgió con la aparición de la sociedad acomodada contemporánea. El arminianismo teológico combinado con el avivamentalismo de la época romántica echó raíces profundas en el cristianismo moderno. El pietismo siempre ha sido una religión de la *interioridad*. Hace hincapié en las emociones y el estado subjetivo del creyente. Al mismo tiempo, sólo acepta una doctrina mínima. ¿Qué más hay que saber que Jesús y el alma? En tal perspectiva doctrinal, el creyente mira hacia el cielo y el orden de la creación queda sin importancia. No quiere conocer el contenido de su fe tal como se aplica al aquí y ahora, sólo quiere experimentar los raptos del otro mundo. A medida que pasa por la vida, busca aquellas cosas que aseguren su bienestar psicológico, porque toda su perspectiva es de interés propio en lugar de estar centrada en la agenda de Dios.

Wells piensa que el problema es la pérdida de teología entre los cristianos evangélicos. Pero toda religión posee siempre una "teología". La pregunta es: ¿qué teología? Como parece no comprender esto, Wells no tiene una verdadera teología propia que ofrecer. Por supuesto, habla de la necesidad de volver a un evangelio centrado en Cristo. Así, por ejemplo, afirma que "el evangelio de Cristo llama a los pecadores a renunciar a su egocentrismo, a dejar de conceder la soberanía a sus propias necesidades y a reconocer su reclamo de soberanía sobre sus vidas".<sup>10</sup> Pero nunca llega a decirnos mucho sobre lo que implican los reclamos soberanos de Cristo. ¿Tiene Cristo alguna pretensión soberana que incluya algo más que asuntos *espirituales*? Es decir, ¿tiene algún tipo de programa de cultura y civilización que incluya los legítimos intereses *materiales* del hombre? ¿O es que la preocupación de Jesús sólo se refiere a las iglesias en las que, en lugar de psicología y entretenimiento, la predicación, lejos de complacer al consumidor religioso, debe obligar a los hombres a elegir entre Dios y la modernidad? Si es así, ¿puede considerarse realmente una solución al problema de nuestro tiempo? Establecer tal disyuntiva no hará más que acentuar el dualismo que ya opera en la mentalidad evangélica. En lugar de mostrar que Dios tiene un propósito y un programa para la existencia del hombre en el mundo, sólo se añadirá a la esquizofrenia existente que ahora prevalece en el mundo del pensamiento evangélico entre lo que es la relación del creyente con Dios y lo que es su relación con el mundo en el que vive.

---

10 *God in the Wasteland*, p. 82.

El verdadero problema no es la modernidad, sino la incapacidad del mundo cristiano para entender y articular una agenda bíblico-cultural. Durante mucho tiempo, los cristianos han querido tener un Cristo que es simplemente un *salvador*, pero que no posee ningún señorío sobre todas las áreas de la vida del hombre. Henry Van Til lo expresó de forma bastante sucinta cuando señaló: "Hay una tendencia extendida [y la ha habido durante bastante tiempo] a reducir los requisitos para ser miembro de la iglesia a aceptar a Cristo al margen de la cultura cristiana."<sup>11</sup> En otras palabras, como proclama con más detalle un poco más adelante, "Es ciertamente una locura que el pueblo de Dios piense que puede vivir en dos mundos separados, uno para su vida religiosa y sus ejercicios de devoción, y el otro usurpando todo el resto del tiempo, la energía y el dinero—un área en la que los sacerdotes de la secularización están llamando a los números. No se puede seguir evangelizando el mundo sin interferir en la cultura del mundo".<sup>12</sup> Cualquier "lugar para la verdad", cualquier perspectiva teológica rejuvenecida, debe implicar este hecho.

---

11 Henry R. Van Til, *The Calvinistic Concept of Culture*, (Philadelphia: The Presbyterian and Reformed Publishing Company, 1972), p. 23.

12 pp. 43, 44.